

Joan Fuster

UN CANÓNIGO TESONERO

Siempre debe haber habido canónigos insignes: líbreme Dios de dudarlo. Pero creo que el país se benefició particularmente de esta clase de prebendados –y pienso sólo en el ramo de la cultura profana– durante la etapa de la «Renaixença». Desde el bronco mosén Jaume Collell al augusto mosén Costa i Llobera, pasando por don Antoni M. Alcover y don Roc Chabàs, el número de eclesiásticos con tal graduación, que contribuyeron de manera eficaz a la empresa restauradora de la lengua, las letras y la historia de las tierras catalanas, fue tan elevado como brillante. En general, las sacristías pesaron mucho, demasiado, en aquellos años de recuperación, y, por decirlo así, les imprimieron carácter (a los años e incluso a la recuperación...). Sin embargo, sería injusto olvidar que esa impronta levítica se debió, en parte, a la egregia personalidad estrictamente intelectual de algunos clérigos: una influencia ganada a pulso, tal vez sin contrincantes, pero justificable por sí misma. José Pla, en su último volumen de *Homenots*, decía que la literatura catalana moderna «és una cosa de capellans, de candidats a capellans i de senyorettes, vull dir, de persones que han nascut per a l'habitualitat del sacrifici sistemàtic». No se puede negar la parte de verdad que encierra esa definición caricaturesca: la literatura, entre nosotros, suele recibir tan escasas compensaciones sociales que casi sólo se aviene a su cultivo quien de antemano se resigna a renunciarlas. Por lo demás, el intelectual necesita «ocio» para su trabajo, y quizá la profesión clerical, al menos en otros tiempos, ofrecía esta oportunidad. No sé si habría que pensarlo así de las canonjías. Sea como fuere, los nombres citados antes, y muchos más, merecen nuestra más exquisita consideración.

De todos ellos, y como tipo humano, mosén Alcover fue probablemente el más interesante. No tengo ni idea de su biografía. Pero he leído bastantes papeles suyos, y confieso que pocas veces he encontrado en textos catalanes de hace cincuenta o sesenta años tanta viveza espontánea y tanto garbo cerril. No me refiero a sus «Rondaies mallorquines», sino precisamente a los escritos de polémica lingüística y personal, a los reportes de indagaciones filológicas que don Antoni publicaba en su *Bolletí del Diccionari de la Llengua Catalana*. No sé qué valor científico puedan conservar las relaciones de «eixides» o cosas como la réplica a Menéndez Pidal de 1903: me temo que muy poco, aparte la recaudación de datos. Pero cuando el lector, inducido por el título, espera enfrentarse con una prosa neutra y profesional, con unas constataciones impersonales de hechos y documentos, la una y las otras muy propias de tal oportunidad, se ve, por el contrario, abrumado por un chorro pintoresco, ágil, chispeante, de palabras, observaciones y noticias deliciosamente divertidas, tras las que distingue a un mosén Alcover fabuloso, medio «trabucaire», charlatán, corto de genio, ingenuo, entusiasta, remolón... Cuando don Antoni emprendía una excursión por cualquier comarca del país a la caza de verbos, por ejemplo, lleva un dietario donde consigna paso a paso las peripecias de su viaje: el resultado es un batiburrillo amenísimo, donde hallamos referencias a las cosas más dispares –lo inhóspito de un

hostal, el problema de las corrientes de aire en los pisos de la ciudad, el desdén por la lengua propia en algún vicario repipi, las comidas de las amas de curas rurales, los rumores sobre una crisis ministerial, los precios de pasaje en diligencia–, infinitas virguerías más se mezclan, siempre agudamente apostilladas, con listas metódicas de ésta o aquella flexión verbal singularmente dialectalista. El reverendo filólogo era un «homenot» –valga el léxico de Pla– de mucho jugo. Fulminante y brioso, de una sola pieza, franco, uno piensa que ha valido más leerle que conocerle. Da la impresión de haber sido rigurosamente tozudo, y esta es una virtud que siempre es preferible admirar de lejos.

El *Diccionari*

Pero de esa virtud tan incómoda nació una de las obras más admirables de la cultura contemporánea: el *Diccionari Català-Valencià-Balear*. Sin el tesón que puso en ella mosén Alcover no habría sido posible. En las condiciones materiales de que surge la iniciativa del *Diccionari*, esto es, sin otro apoyo sustancial que la misma decisión de hacerlo y un grande, violento amor a la lengua, una idea como aquélla sólo podía realizarse si la sustentaba la terquedad excepcional de un mosén Alcover. A fines de 1901 lanzaba su *Lletra de convit* exponiendo al público de los Países Catalanes los proyectos del *Diccionari* y recabando colaboraciones y asistencia. No le faltaron éstas, y la «calaixera» de don Antoni fue llenándose poco a poco, hasta convertirse en un archivo lexicográfico que, según parece, no tiene rival en ninguna otra lengua del mundo. La abnegación y la paciencia que este esfuerzo supuso sería difícil de medir. El canónigo, que no pasaba de ser un aficionado en materias de lingüística, se dio cuenta bien pronto que su tarea precisaba de una base técnica que él no estaba en condiciones de darle. A falta de alguien en quien descansar esta responsabilidad, resolvió «formarse» él mismo: aprendió inglés y alemán, concurrió a las cátedras de los más eminentes romanistas de Alemania, Austria y Suiza, y se proveyó de la biblioteca especializada que era pertinente. Todo esto hizo sin la menor subvención de nadie. Prat de la Riba comprendió en seguida el alcance de la «Obra del Diccionari», y quiso vincularla a su planificación cultural del Principado. Don Antoni Maria pasó a formar parte del Institut d'Estudis Catalans, y el *Diccionari* dependió de su Sección Filológica. Esto ocurría en 1911. Poco tiempo después, el canónigo y sus colegas del Institut empezaron a discrepar, y la pugna, más o menos sorda, duró hasta 1918, en que sobrevino la ruptura definitiva, y mosén Alcover se volvió a Mallorca con su «calaixera» y sus novecientas mil papeletas.

Hubo un «caso Alcover» como hubo un «caso Ors», casi simultáneos: demasiados «casos» para un país tan débil. Afortunadamente, el del canónigo derivó de manera muy distinta a la que adoptó el del Glosador: don Eugenio cogió una rabieta pueril y cambió de lengua en una especie de venganza sin sentido; don Antonio escribió unos cuantos papeles vindicatorios –divertidos como todo lo suyo– y siguió trabajando en el *Diccionari*. Eran hombres de muy distinto temple, de muy distinta ética. Bien mirado, de su rencilla con el Institut, mosén Alcover sólo guardó un anacrónico empeñamiento ortográfico, tal vez por pundonor, frente a las Normas de Pompeu Fabra. Del otro lado, creo, recibió alguna insidia más o menos aceptable y un silencio frío y distante. De

todos modos, tal vez no había sonado aún la hora del *Diccionari*. Entre los años 20 y 36, la preocupación urgente, en los medios intelectuales catalanes, incidía sobre la necesidad de «codificar» el idioma literario. Más que el filósofo importaba el gramático, y más que un diccionario exhaustivo interesaba un diccionario normativo. Mosén Alcover continúa su colecta de vocablos: el inmenso caudal de nuestros dialectos, de nuestros autores antiguos y modernos, iba pasando a sus fichas. El *Diccionari* crecía: de la voluntad de aquel hombre explosivo salió, como por milagro, este magnífico monumento lexicográfico, ejemplar en su solvencia y en su criterio. La tarea exigía años, más de los que previsiblemente le quedaban a mosén Alcover, y el señor canónigo se aseguró el futuro de su obra. Ese futuro se llamaba Francesc de Borja Moll. Don Antoni Maria se preocupó, desde el primer día, por conseguirse colaboradores para el *Diccionari*, colaboradores que fuesen algo más que simples enamorados del idioma como él. A su instancia, y con el propósito de ligarlos a su empresa, Prat de la Riba envió al extranjero, en 1908, a mosén Griera, a Pere Barnils y a Manuel de Montoliu, para que reforzasen sólidamente su vocación de romanistas. Con ninguno de los tres pudo contar luego mosén Alcover, creo. Moll fue su heredero y continuador. De la valía científica de Moll no es necesario decir nada: todos sabemos que su extraordinario prestigio, fuera y dentro de Cataluña, se sienta sobre una respetable cantidad de libros y monografías acerca de temas de dialectología y de historia de la lengua, y sobre la estupenda realidad del *Diccionari*. Con él, en estos últimos años, mi paisano el ilustre filólogo Manuel Sanchis Guarnier ha trabajado en la conclusión de la obra de mosén Alcover.

Y otras cosas

La publicación del *Diccionari* se inició en 1930; la guerra interrumpió su curso cuando ya habían aparecido dos volúmenes completos y algunos fascículos del tercero. Al reanudarse mucho después, Moll canceló la disidencia alcoveriana en ortografía, e intercaló el *Diccionari* en la vida normal –digamos normal– de la cultura catalana. Y no tardó en comprobar que la «Obra del Diccionari» recuperaba a grandes pasos la simpatía y el eco que obtuvo en sus inicios, y que incluso las superaba. El *Diccionari* estaba ahí, ensanchándose en las bibliotecas catalanas y extranjeras, como un hecho victorioso e indiscutible. No sólo los recelos que mosén Alcover, o la leyenda de mosén Alcover, suscitaba, se habían disipado, sino que la coyuntura cultural era ahora muy distinta. Asegurado el «normalismo» de Fabra, y destruido por tanto cualquier germen de disidencia lingüística esencial, escritores y público se sintieron autorizados a plantearse el problema de la lengua literaria desde otros puntos de vista, esto es, no desdeñando ya ciertas realidades del idioma coloquial ciudadano o regional. No me meteré en honduras a propósito de ellos: el asunto es demasiado complejo para tocarlo de pasada. Pero en parte por eso, y en parte también porque en estos últimos años está prosperando una importante rectificación, no ya teórica, sino práctica, del concepto de lo catalán, en el cual vuelven a insertarse con toda su densidad cultural y social la totalidad de las tierras de habla catalana, el *Diccionari* ocupa en la atención de nuestros medios intelectuales un lugar que sobrepasa con mucho su mero –y tan enorme– valor filológico. Y si un día, accediendo al escrúpulo de evitar viejas suspicacias

particularistas, mosén Alcover cambió el título de su obra, y de «Diccionari de la Llengua Catalana» lo convirtió en *Diccionari Català-Valencià-Balear*, hoy, casi superada la disputa de los nombres, abreviamos su designación y la ceñimos al apellido de quienes lo llevaron a cabo: el *Diccionari* es, en definitiva, «el Alcover-Moll». Con eso basta, y es a la vez un símbolo y un homenaje.

Y, si se me permite una observación de orden subalterno, añadiré que un hecho tan baladí en apariencia, como es el domicilio mallorquín del *Diccionari*, tiene su trascendencia. No incurriré en la tontería de sacar a cuento el fantasma del «centralismo» cultural barcelonés, que tanto preocupa a algunos cenáculos valencianos y baleares, porque de fantasmas se trata y tontería fuera hacer caso de las pesadillas del resentimiento. Pero estimo que, a efectos de la completa integración geográfica de nuestra cultura –ya se me entiende–, es de una gran eficacia táctica la radicación isleña del *Diccionari* y de lo que Moll ha creado alrededor del *Diccionari*. Porque catalanes estrictos, baleares, roselloneses y valencianos hemos vivido durante siglos demasiado aislados para que ese enconado apartamiento se pueda remediar en un santiamén. Y es importante que el regreso a la unidad surja sincrónico de todas nuestras regiones. Hasta ahora, la manifestación de esa tendencia centrípeta –centrípeta de un centro ideal– sólo se había dado en Barcelona, y no en la medida necesaria. Ahora está ahí Mallorca con Moll. Y no sólo pienso en el *Diccionari* al escribir estas líneas: tanto o más que en él, pienso en la Biblioteca Raixa, hijuela del espíritu y de la empresa del *Diccionari*, que Anna Moll lleva adelante con un tino y una severidad dignos de los mejores elogios. Si fuese costumbre que las historias literarias se ocupasen de las tareas editoriales tanto como de las triquiñuelas biográficas de los literatos, Raixa merecería un lugar precioso en la historia literaria catalana de nuestro siglo. No me refiero ahora a la calidad de los textos que publica: al fin y al cabo soy uno de sus más asiduos colaboradores y hablar de ella podría parecer una forma más de autobombo camuflado. Quiero aludir, en cambio, a otras dos facetas de aquella serie de libros. Una de ellas: el cuidado con que se procura alternar la presencia de autores de todas las tierras catalanas. Creo que ninguna otra colección –excepto La Revista, en su etapa actual, de la Editorial Barcino– había concedido tanto espacio a la producción catalana fuera del Principado. Eso es de una oportunidad magistral. El otro mérito ha de computarse, al alimón, en el haber de Anna Moll y en el de Alexandre Cirici Pellicer: Raixa ha publicado, de éste último, tres obras importantes, pese a su carácter de manuales de divulgación, resúmenes históricos del arte catalán por primera vez concebidos con un criterio de absoluta integración. Nunca dejó de escribirse la historia literaria catalana partiendo de la unidad cultural de las tierras que hablan nuestro idioma; pero como que nunca se intentó hacer lo mismo con los restantes aspectos de nuestra vida colectiva. Cirici ha iniciado el camino, y todos estamos seguros de la fecundidad de sus tanteos. Porter y Huerre han hecho lo propio con la historia del cine. Anna Moll nos debe ahora otros tomitos sobre historia de la música, de la economía, del pensamiento catalanes... El *Diccionari* prolonga así su aventura sabiendo adónde va y por qué.